

BRUTOS EN DIAMANTE

En el mundo contemporáneo los desechos constituyen un nuevo material. Vivimos en un constante exceso donde la sobreproducción inunda de residuos nuestra realidad. El consumo y la experiencia de lo efímero producen desperdicios duraderos. No obstante, si bien aceptamos los restos de una sociedad capitalista como inevitables dentro del sistema de producción, ¿dónde situamos el sobrante de la creación artística? Para la eficacia capitalista el arte no tiene una utilidad, son los restos de algo que nunca fue operativo. Por tanto, los desechos artísticos resultan doblemente afuera: son el resto del desecho.

Las pruebas fallidas, los descartes y los recortes, propios o ajenos, todo constituye un posible elemento de creación para Iván Gómez. El resto, el bruto y todo aquello que desechamos por vano y no operativo es precisamente su materia prima. ¿Cómo podemos desposeer al resto de su condición de desecho? ¿Es posible convertir el residuo en material de investigación? En un mundo donde prevalece la productividad y la eficacia, trabajar con los elementos desechados de la práctica artística parece un exceso de desobra / inoperatividad.

Sin embargo, Iván Gómez consigue que aquello que ignoramos por su no-utilidad se convierta en el centro de la obra, en un juego donde se oculta su propia materialidad. ¿Somos capaces de aceptar la fragilidad constituyente de estas obras? ¿O, por el contrario, necesitamos esconder su verdadera materialidad bajo el aspecto noble de una tradición historiográfica?

Aristóteles, para explicar el proceso de cambio en la substancia, recurrió a los términos de “ser en acto” y “ser en potencia”, es decir, la substancia tal y como se nos presenta en un momento determinado y las posibilidades que esa substancia tiene para llegar a ser algo distinto. De esta manera, el “ser en potencia” implica un no-ser con infinita potencialidad: un elemento que puede devenir en cualquier cosa menos lo que actualmente es. Por supuesto, en la teoría aristotélica, el ser natural implica algunas limitaciones: una semilla vegetal en acto, podría ser una planta en potencia, pero nunca un caballo. Por el contrario, el campo de lo artístico permite un ser-en-potencia casi infinito: el bruto es, en potencia, un diamante.

De este modo, no debemos desechar el resto sino abrazarlo en su capacidad transformadora. Su descontextualización, apropiación y resignificación suponen la inserción de aquello que nunca fue operativo como forma artística dogmática y previamente codificada por la historia. No se trata de reciclar o reutilizar nuestros desperdicios sino de inundar la práctica artística de aquello que está fuera del centro del discurso como un elemento para la reflexión, en su transición desde el material bruto (en acto) y su exposición como obra finalizada (en potencia).

Iván Gómez extrae esa capacidad intrínseca de transformación de todo material a partir de unos restos que nunca tuvieron un lugar. Los desechos de una práctica no utilitaria vuelven a tener su espacio, de nuevo, como creación. Y en ese proceso circular, entre acto y potencia, es donde Iván Gómez propone un juego sin un referente claro: creadores, obras, público e, incluso, la propia historia del arte es interpelada para poner de manifiesto su fragilidad. Los falsos restos ahora convertidos en piezas abstractas, decorativas y codificadas han ocultado su materialidad bajo una apariencia placentera.

La experiencia estética del resto del desecho nos resulta agradable.